EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

UN MANDAMIENTO
DE LA
LEY DE DIOS,

COMEDIA DE COSTUMBRES

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MARIANO CHACEL.

7

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1875.

UN
MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS,

COMEDIA DE COSTUMBRES

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MARIANO CHACEL,

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de ESLAVA el dia 25 de Octubre de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 15.
1875.

PERSONAJES.		ACTORES.
EL TIO DIEGO....	Esposos....	D. José Miguel.
ISABEL.....		D.ª María Liron.
EDUARDO, hijo de estos.....		D. Luis Obregon.
ELENA, sobrina de		Srta. Francisconi.
EL CORONEL MENDOZA.....		D. Ramon Mariscal.
LA BARONESA DE CASA-MALCOCINADO.....		D.ª María Artiguez.
EL BARON DE FARFALLA.....		D. Pedro Ruiz Arana.
ROQUE, criado.....		D. José Mesejo.

Una doncella de la Baronesa, que no habla.

La escena pasa en Madrid, en la época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA INOLVIDABLE PRIMERA ACTRIZ

DOÑA FRANCISCA ZAFRANÉ.

Amiga mia: mientras V. en su precioso retiro de Aranjuez descansa dulcemente de su brillante jornada artística; yo, un desheredado de la fortuna, como la mayoría de los poetas españoles, me encamino en busca de ese templo encantado, de ese más allá, donde gozan la vida de la muerte los que sufrieron la muerte de la vida.

Aunque mi paso es vacilante, porque la fiebre es traidora compañera, tengo el atrevimiento de creer que estoy sobre el camino, puesto que en él la encuentro á usted.

Cuando dos viajeros se hallan, nada más natural que el que va salude al que vuelve, y aunque no sea más que por cortesía, yo debo descubrirme ante sus laureles, frescos aún.

Si fuese una quimera mi pretension, si este modesto ensayo y otros verdaderos *trabajos* literarios que he dado á luz desde mis tinieblas, no les juzgasen suficientes para alcanzar el título de poeta y mártir, hágase usted cuenta de que no me ha visto ó que la he saludado desde lejos.

CHACEL.

609415

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/unmandamientodel1337chac

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante en casa de la Baronesa y del Coronel, tios y tutores de Elena. Puerta en el fondo, que comunica con el exterior: dos á la derecha, que dan paso á las habitaciones de la Baronesa y de su sobrina, y otras dos á la izquierda que corresponden, la de primer término al despacho del Coronel, y la segunda al salon principal de la casa.

ESCENA PRIMERA.

EL CORONEL MENDOZA y ROQUE, respetuosamente á la puerta del fondo. El Coronel aparece paseándose por el gabinete, apoyándose en un baston por defecto de su cojera, no muy pronunciada: le falta ademas el brazo izquierdo, cuya manga lleva recogida.

COR. Y qué más?
ROQUE. Un altarcicu
cun pañus de rica tela,
y un niñu de Dios mu maju
que han traidu de la ilesia.
COR. Está bien. Y el señor cura?
ROQUE. Tendrá el curruaje á la puerta
al ser las doce.
COR. (Hablando consigo.) Es decir
que ántes de las doce y media
se habrá casado la niña;

yo camparé por mi cuenta
y libre de compromisos
podré salir de la vieja.

ROQUE. Qué vieja, señor?

COR. (Con fingido enojo.) Menguado!
Te atreves en mi presencia
á llamarla...

ROQUE. Yo...

COR. Se dice
la señora Baronesa.

ROQUE. Pero si yo...

COR. Te perdono,
Se te ha marchado la lengua
y al cabo... tienes razon;
pero que no te oiga ella.
Vé á decir á mi sobrina
que la espero en esta pieza,
y si se halla con... la otra
te valdrás de alguna seña.

ROQUE. La... utra estará en su cuartu,
que aún non salió la duncella,
que suele empirifullarla
de los piés á la cabeza.

COR. Bien, mejor.

ROQUE. Voy al mumentu.
(Cruza la escena y entra por la primera puerta derecha.)

COR. Me devora la impaciencia!
(Sentándose.)
Ah! por fin, voto á cien rayos,
voy á empezar vida nueva!

ESCENA II.

EL CORONEL, ELENA. Roque precede en la salida á Elena y desaparece por el fondo.

COR. (Despues de una pausa.)
Me acuerdo de un coronel
que por postre de jornada
se encontró en una emboscada
que le tendió el bandolaquel;

y como viera á su fiel
corneta, que le seguía
jadeante, le decía:
¡Tira esa mochila en tierra!
Pero lances de la guerra;
cuando el corneta caía!
yo tambien voy á dejar
mi carga; mas vano alarde!
Me hacen mis años pensar
que aun cuando el bien va á llegar,
para mi mal llega tarde.

ELENA. (Saliendo.) Tio del alma!

COR. Del alma!
Vamos, cuando me echas flores
olvido mis sinsabores
y cobro un momento calma.

ELENA. Padre!

COR. Por desdicha, no!
Si tú fueras hija mia!...
Por ser tu padre daría...
No sé lo que diera yo!
Y ahora que voy á perderte,
cuando de viejo soy niño,
siento ambicion de cariño;
mira si es feliz mi suerte!

ELENA. Perderme! yo no tolero
que eso ni en broma me diga.
Bien sabe á cuánto me obliga
y lo mucho que le quiero.

COR. Bien; dejemos este punto
y vamos al principal:
siéntate y oye formal,
porque es formal el asunto.
Ya ves que se encuentra todo
dispuesto para tu enlace,
y por lo que á mí me place
yo le activo en algun modo.
Tu pronta union me acomoda,
y si me hicieran jurar,
diría sin vacilar
que hacías una gran boda.
Mas como en esto tal vez

tome parte el egoismo,
yo me denuncio á mí mismo
y te nombro á tí mi juez.
Tu padre, mi pobre hermano,
viudo ya, en trance de muerte,
me hizo cargo de tu suerte
y heló en la mia su mano.
Yo no sé si bien cumplí,
que fué el encargo harto grave;
pero sé que nadie sabe
cuánto he sufrido por tí.
Digo por tí!... qué bolonio!...
Por tí no, que ángel has sido;
pero, ay Elena! he vivido
entre un ángel y un demonio.
Él creyó y es de creer!
que un hombre no puede dar
la educacion singular
que requiere una mujer.
Pensó,—quién mejor podría
ser su guía generosa
que la hermana de mi esposa?
Y se acordó de tu tia.
Y héte aquí que se formó
lo que el infierno concilia;
es decir, una familia
del diablo, tu tia y yo.
Su genio... no he de hablar mal;
el mio... ya me has tratado;
quién mejor nos ha observado
y conoce á cada cual?...
Cuando tu padre dió en tierra
allá en el suelo africano,
era yo ya veterano
mutilado en la otra guerra.
Y te puedo asegurar
que de aquellos siete años,
gloria juzgo de mis daños
si les he de comparar.
Ni el acero que segó
allá en Luchana mi brazo,
ni aquel tremendo balazo

que mi pierna destrozó,
ni otros que se pueden ver
(Señalando el pecho.)
en éste que acribillaron,
tanto daño me causaron
como esa... santa mujer!
Á tí, es cierto, te trató
de más benigna manera;
si no tu tio no hubiera
sufrido cuanto sufrió.
Y yo prometí velar
por tu suerte hasta este dia;
mis penas son cuenta mia
que nadie me ha de tomar.
Como comprendes, tú has sido
el lazo que nos unió,
y entre esa... señora y yo
hoy se va á alzar tu marido.
Luégo podrás presumir
que queda el lazo deshecho
y yo libre y satisfecho,
Elena, por qué fingir!
Pero esto egoismo es;
tu ventura es lo primero,
y por eso saber quiero
si serás feliz despues.

ELENA. Sin duda! tengo esperanza:
Eduardo es buena figura!

COR: Niña, no está en la hermosura
esa bien aventuranza.
Conmigo te lo confieso
simpatizó al primer dia.

ELENA. Y sin embargo, mi tia...

COR. Tal vez le aprecie por eso.

ELENA. Ella le hace oposicion
porque no es noble.

COR. Simpleza!
¿Sabes si tiene nobleza
tu amante en el corazon?

ELENA. Es bueno.

COR. Pues siendo así,
ríete de oposiciones;

nobleza habrá en sus acciones
y ventura para tí.

ELENA. Lo espero.

COR. Y es de esperar:
rico, galante, buen mozo;
dí que á ella matara el gozo
si se viera en tu lugar.
Ademas su valimiento
debe ser muy elevado;
y el empleo que le han dado
revela mucho talento.

ELENA. Un gobierno!

COR. Grande honor!

ELENA. Ya se retarda la hora...
me entusiasma ser señora
de todo un gobernador!
Qué mejor me colocára?
Mil otras peor irán,
hoy que las bodas están
por un ojo de la cara.

COR. Es decir, que esta es de toda
tu más alta conveniencia?
Tranquilizo mi conciencia,
Elena, y viva tu boda!

ELENA. Siento ser causa quizás
de ese odio contra la tia.

COR. Odio no, es antipatía,
antipatía no más.
Luégo que seas la esposa
de Eduardo, tierra pondremos...
y cuando no nos hablemos
ya verás, ya es otra cosa.

ESCENA III.

DICHOS, ROQUE á la puerta del fondo.

ROQUE. Señur, un hombre mal puestu
quiere verle; ha preguntadu
si está en casa, he contestadu
que non lu sé. ¿Qué cuntestu?

COR. Rayos!... que sí!

ROQUE. Bien; diré
que sí está. Y si pasa...
COR. Pasa!
¿No lo ves que estoy en casa,
pedazo de no sé qué!
ROQUE. La siñura tiene hurror
á recibir á esta hora.
COR. Una cosa es la señora
y otra cosa es el señor.
ROQUE. Buenu; cumplu comu fiel;
le diré que sí da audiencia. (Váse.)

ESCENA IV.

EL CORONEL, ELENA, la BARONESA, detrás una doncella con un canastillo, en el que se ven vestidos y un sombrero de señora.

BAR. Que hablaba de mí en mi ausencia
ese señor... Coronel?
COR. (Ap.) (Cachaza; seré prudente,
que ya quien sufre lo más...)
ELENA. Nada, reñía con Blas,
que es un torpe.
BAR. Ah, bien, corriente.
(Á la doncella.)
Ya sabes, lleva el vestido,
que con más cola le quiero,
y que pongan al sombrero
otro velo más tupido.
Que no escatimen encaje
ni manos en la labor,
que esta noche es de rigor
que yo emprenda mi viaje.
Dí que quiero que alborote
el traje de cualquier modo;
mucha cola, y sobre todo,
mucho escote, mucho escote!
(Váse la Criada.)
COR. Pues explique sin trabajo
si en eso la moda estriba,
que lo que corten de arriba
se lo cosan por abajo.

BAR. Qué grosero!
ELENA. Tia, dí,
pero nos vas á dejar?
BAR. No te vas hoy á casar?
Qué falta te hago yo aquí!
COR. Ninguna!
BAR. Calle el soez,
si no prefiere que estalle!
COR. (Ap.) (Hasta que calle en la calle
callaré por esta vez.)
ELENA. (Á la Baronesa.)
Pero depon tu rigor:
no hago la boda á tu gusto?
BAR. La haces al tuyo y es justo,
que es tu derecho el mejor.
COR. Y al mio!
BAR. Ya lo sabía.
COR. El novio es un caballero!
BAR. Ha sido usted su escudero?
Oh, qué gracioso sería!
ELENA. Calma, tio! (Al Coronel.)
COR. (Á Elena.) Tendré calma!
Pronto no habrá desazones;
pues si tuviera calzones,
ya la hubiera roto el alma!
BAR. Sargenton!
COR. Por Barrabás!...
ELENA. Tio, por Dios!... Por Dios, tia!...
COR. (Á Elena.) Ya lo ves, antipatía,
antipatía no más!
ELENA. Y bien; pero no se opone
á mi boda.
BAR. Yo, qué horror!
Si anda en ello ese... señor,
quién otra cosa dispone?
Ahora sí, no consintiera
que te fueras á casar
de esa manera vulgar
que se casa una cualquiera.
Y aunque hija de un soldado,
no eres ahí una futesa;
tu tia es la Baronesa

de Casa-Malcocinado.

COR. Un soldado! voto á tal!
No aguanto aunque estalle ahora:
ese soldado, señora,
fué un teniente general!

BAR. Eso; un general teniente;
todos son ya generales.
Uf! me enervan sus modales;
qué furriel más insolente:

ELENA. Por Dios! ya se va acercar
el instante de mi union;
quien llegue en esta ocasion
qué bueno podrá juzgar?

BAR. Á eso voy; qué convidados
vendrán á los exponsales?
Los grandes en casos tales
nos estamos obligados.
Supongo que la duquesa
del Pardo no ha de faltar;
y que el conde del Melar
vendrá con la vizcondesa...

COR. Está usté errada!

BAR. Me apura:
eso es abusar sin tasa!

COR. Vendrán de fuera de casa
el novio y el señor cura.

BAR. Pero está este hombre cabal?

COR. Me falta un brazo, y un pico!
Señora, yo no soy rico,
y usted no maneja un real;
y con tales convidados
hay que gastar sumas gruesas;
conque suprima duquesas,
ó apronte usted los ducados.

BAR. La novia no es pobre!

COR. Toma!
y qué me cuenta usté á mí!
Ella no, pero usted sí,
justo es que ella se lo coma.
La dote suya es sagrado
que intacto ha de ver su esposo;
ni otra cosa es decoroso

ni yo fuera un hombre honrado.
Y á propósito: el Baron
su pariente, es menester
que hoy dé cuenta del poder
que otorgamos en union.
Usté así lo quiso, bueno;
y yo no me opuse, pues!
Yo no tenía interés
por manejar nada ajeno.
Ademas, pobre lisiado,
mejor que yo, cualesquiera
dar cuenta y razon pudiera
de dinero tan sagrado.

BAR. El Baron es caballero!

COR. Por tal le tengo... señora!

BAR. Y dará cuenta en su hora
con creces de ese dinero!

COR. No hará de más.

BAR. Puede ser,
buen hombre!

COR. Voto á mi nombre!
pues no me llama... buen hombre,
la... buenísima mujer!

BAR. Sargenton!

COR. De buena gana!...

BAR. Pedir cuentas!...

COR. Si me ensancho,
se va á armar más zafarrancho
que en el puente de Luchana!
(Á Elena.) Mira, vete tú á arreglar;
déjala con Belcebú.
En cuanto te cases tú,
qué carrera voy á dar!

ELENA. Tio! Tia! (Á los dos suplicante.)

COR. Por mi nombre!
(Á Elena.) Anda, y salgamos del paso!

ELENA. Por Dios!

BAR. Eh, no le hagas caso;
si no está bueno ese hombre.

(Elena sale suplicando con el ademan á entrambos tios: la Baronesa se sienta y se abanica con gran insolencia.)

ESCENA V.

EL CORONEL, la BARONESA, ROQUE, por el fondo.

ROQUE. El hombre marcharse quiere,
que el planton pasa de raya.
Le deju ir?
COR. Que se vaya!
ROQUE. Se lu diré.
COR. No; que espere. (Váse Roque.)

ESCENA VI.

EL CORONEL, paseando por el gabinete; la BARONESA, sentada sin cesar de abanicarse.

COR. Bueno estoy para visita.
Tengo ya la sangre frita
y si sufro más estallo;
esta sierpe necesita
cien legiones de á caballo
cuando suelta el aguacero.
BAR. Pesetero, pesetero!
COR. Y usted quién es? vive Dios!
Encanto del siglo dos,
histórica Baronesa,
con asma, reuma, tos,
y una cara como esa,
ni aun por peseta la quiero!
BAR. Pesetero, pesetero!
COR. Me va usted á enloquecer,
y si me llego á perder
por estantigua tan fea,
no sé qué va á suceder;
alguno habrá que me crea
tonto, loco y majadero.
BAR. Pesetero, pesetero!
COR. Yo ya no puedo sufrir
y me voy á convertir
en un ganapan cualquiera;
qué otro camino elegir

que aplastar á esta pantera?
Si de esta salgo y no muero!...
(Váse á su despacho.)

BAR. Pesetero, pesetero!

ESCENA VII.

LA BARONESA, el BARON DE FARFALLA.

BARON. Querida tia!
BAR. Baron!
BARON. Estás sola? qué hubo aquí?
Al aproximarme oí
el ruido de la cuestion.
Por qué fué? Sospecha acaso?...
Sabe alguna cosa cierta?
Habla y tomaré la puerta
para evitar el fracaso.
Le han dicho?... Quién se lo dijo?
Cómo ha podido saber?...
Qué contestó? Qué va á hacer?
Irá á hacer algo, de fijo!
BAR. Nada sabe.
BARON. Ancha Castilla!
BAR. Ni sospecha.
BARON. Eso es divino!
BAR. Pero, cálmate, sobrino,
y aguanta la taravilla.
Tú tambien de poco acá
te has hecho brusco.
BARON. Doy fe.
Sabes? desde que ando á pie
no soy caballero ya.
BAR. Cómo? El caballo has vendido?
BARON. En cien *machos*, al Francés;
los mismos que puse á un tres
y los mismos que he perdido.
BAR. *Machos*! qué modo de hablar!
Qué modales tan groseros!
Desde que andas con toreros
no se te puede aguantar.
BARON. Pues me aguantan sin embargo:

cosas, tontunas quizás:
tú, porque me quieres más
que si fuera hecho de encargo.

BAR. Zalamero!...

BARON. Así te quiero.

BAR. Ya te arruinaste?

BARON. Perdon!

BAR. Pero dí, calaveron,
qué haces de tanto dinero?

BARON. Me divierto.

BAR. En derrochar!
Loco, loco, loco, loco!

BARON. Juego, juego, juego un poco
y pare usted de contar.

BAR. Pues ya no hay más, te lo advierto;
tu prima á otro estado pasa.

BARON. Cuándo?

BAR. Hoy.

BARON. (Hace ademan de salir.) Agur, esta casa
ya tiene tufillo á muerto!

BAR. Espera! Jesús María,
qué genio de Lucifer!

BARON. (Volviendo.) Y ahora qué vamos á hacer,
mi adoradísima tia?

BAR. Yo ya sé.

BARON. (Sentándose.) Me has dado un susto!...
Habla, que saberlo quiero:
me temo que ese dinero
nos ha de dar un disgusto.
Ese enlace desdichado
no se puede deshacer?
No podré yo el novio ser
segun era lo pactado?
Aún lo puedes impedir:
hago lo de Juan Palomo;
mi guiso yo me le como;
van, me ahorcan y á vivir!
Qué otro medio más sagaz?
Gaste el dote y de más hago;
cojo este cuerpo, voy, pago
y nos quedamos en paz!

BAR. Qué argadillo! qué cabeza!

BARON. Bien, propon: ya habrás juzgado
que era un medio delicado
de obrar con delicadeza.
BAR. Ya! pero en vano te apuras:
ese sacrificio ahorra!
BARON Sí, tia; lo de la zorra;
entiendo; no están maduras.
BAR. Tengo otro medio.
BARON. Cuál, di?
BAR. Irnos de viaje, y luégo?..
BARON. Anda con Dios, Villadiego!...
No es eso? Te comprendí.
BAR. Si te piden cuentas...
BARON. (Levantándose sobresaltado.) Qué!
BAR. No te asustes!...
BARON. Cómo no!...
BAR. Bien; dices...
BARON. Ah, sí; que yo!...
BAR. Que tú...
BARON. Que yo!... qué diré?
BAR. Nada, que estás pronto...
BARON. Pronto,
á *guillármelas* contigo.
BAR. No, que tú...
BARON. Que yo... qué digo?
BAR. Ay, Jesús; pareces tonto!
BARON. Un embuste?
BAR. Ciertamente;
cualquier patraña á capricho!
BARON. Tia, pues haberlo dicho;
si en mí es moneda corriente!
BAR. Bien, pues ya está.
BARON. No haya pena!
Por mí no tengas cuidado.
Y quién es el desdichado
que se embarca con Elena?
BAR. Y bien! quien otro ha de ser
ese. Eduardo...
BARON. Ah, razon tienes!
BAR. Si hace un siglo que no vienes,
qué diablos has de saber?
BARON. Yo soy poco visitero.

pero hoy áun sin tu esquelita
te aguardaba mi visita;
Como estaba sin dinero!...

BAR. Disimula! (Viendo salir al Coronel.)

BARON. (Ap.) (El coco: horror!
(Bajo á la Baronesa.)
No temas, soy dueño de él.)

ESCENA VIII.

DICHOS, el CORONEL, que sale de su despacho.

BARON. (Abrazando al Coronel.)
Mi querido Coronel,
cómo vamos de valor?

COR. De valor? bien, qué remedio!
Manco, pero con mi brazo
aún me atrevo de un sablazo
partir á un hombre por medio.

BARON. Un hombre es mucho partir!...
Rebaje usted!

COR. Vive Dios!
y si son como usted... dos!

BARON. Ó tres, no hemos de reñir!
Siempre de humor!... mis consejos!...
Contra penas, alborozos;
así se aviejan los mozos
y se acartonan los viejos,
así, brigadier, que extraños
al dolor, no nos va mal.
De ese modo, general,
vivirá usted muchos años.

COR. Gracias!

BARON. No hay de qué.

COR. No obstante,
más que á mis buenos deseos
se las doy por los empleos
que me ha dado en un instante.

BARON. Nada hago con permitirme...
usted merece una faja!

COR. Justo, lo que la otra baja,
este, bien puede subirme.

Y diga usté... aunque me exima...
supongo vendrá dispuesto
á dar cuenta...

BARON. (Ve salir á Elena y se evade del Coronel.)
Por supuesto!...

ESCENA IX.

DICHOS, ELENA, momentos despues EDUARDO, con dos estuches en la mano.

BARON. Oh, mi encantadora prima!
BAR. (Ap.) (La niña nos vino bien.)
ELENA. Adios, primo. (Saludando.)
BAR. (Ap.) (Estaba en brasas!)
BARON. Conque es decir que te casas?
Recibe mi parabíen.
ELENA. Gracias!
BARON. Ya en breve será...
COR. Á las doce.
BARON. De manera...
COR. Que sólo al novio se espera.
BARON. Miren qué á tiempo: aquí está!
EDUAR. (Saludando.)
Que perdonen mi demora
les ruego.
BARON. Feliz mortal
que á la dicha conyugal
te encaminas en buen hora!...
Oh, tú, el dichoso varon
á quien el cielo mantenga...
EDUAR. Me va usté á echar una arenga?
BARON. Y en qué mejor ocasion?
EDUAR. Luégo!
BARON. Corriente; igual es:
nadie por mí se alborota.
La vena no se me agota
en dos semanas ó tres.
EDUAR. Mi señora Baronesa!
(Presentándola un estuche.)
Ruego á usted luzca en mi boda
este aderezo.

BAR. (Examinándole.) Oh, de moda!
Es muy galante sorpresa.
EDUAR. No olvidé, que generosa
usted tierna madre ha sido
de la que hoy mi bien cumplido
hará al llamarla mi esposa.
BARON. (Ap.) (La adulacion fué muy buena;
conquistarla era preciso.)
EDUAR. (Presentando el otro estuche á Elena.)
Pido á ustedes su permiso
para ofrecer este á Elena.
BARON. Oh, señor capitalista!...
BAR. (Sin cesar de contemplar su aderezo.)
Yo le agradezco infinito:
tiene usté un gusto esquisito!
Qué diamantes! qué amatista!
ELENA. (Contemplando el suyo.)
Precioso aderezo!
COR. (Examinando el de Elena.) Sí!...
BARON. (Ap., por el aderezo de su tia.)
(Darán cien *chulés* de empeño!
Hace tiempo que me sueño
con un aderezo así!)
BAR. Voy á estrenarle, es muy justo!...
y tú, Elena, á qué aguardar?...
Ven, les vamos á estrenar
para darle á Eduardo gusto.
EDUAR. Gracias, mi futura tia.
BAR. Yo á usted, futuro sobrino.
(Ap.) (Es muy atento y muy fino;
lástima de baronía!)
COR. (Ap. á la Baronesa.)
(Le parece á usted mejor?
Se porta á lo caballero.
BAR. (Id. al Coronel.)
Y usted siempre á lo tambor.
COR. Estantigua!
BAR. Pesetero!)
(Vánse Elena y la Baronesa segunda puerta derecha.)

ESCENA X.

EDUARDO, el CORONEL, el BARON, luégo ROQUE.

BARON. (Con intimidad á Eduardo.)
Qué dicha; usted mi pariente!...
Ya mi afecto le aseguró;
es usted todo un futuro
á dos pasos del presente.
EDUAR. Me es muy grato emparentar.
BARON. Seremos primos, no es cierto?
Cuando lo seas, te advierto
que te voy á tutear!
EDUAR. Para qué luégo?...
BARON. Mejor!
Chico, tutéame á mí;
yo soy muy franco y así;
pregúntaselo al señor.
EDUAR. La franqueza es mi elemento.
BARON. El ser franco es de leales:
(Ap.) (En cuanto pase un momento
le voy á pedir mil reales.)
COR. Tenemos que hablar, Baron:
ántes de que llegue el trance
hemos de hacer un balance,
que es de toda precision.
BARON. Dispuesto estoy á servirle.
ROQUE. Señur: el hombre me envía;
dice que vendrá otro dia
si hoy non puede recibirle.
COR. Ah! me olvidaba!... es verdad!
ROQUE. Dice que es un veteranu,
que usté le estrechú la manu
por non sé qué heruicidad.
COR. Ah, sí, sí! algun camarada...
BARON. (Ap.) (Que llega muy oportuno.)
COR. Y no puedo en modo alguno
recibirle; nada, nada;
que vuelva: ya nos veremos.
(Vacilando.)
Y le he hecho tanto esperar...

BARON. (Al Coronel.) Despues podremos hablar;
nosotros tiempo tenemos.
COR. Nos urge! Y bien! se concilia!
(Á Eduardo.) Dígale usted lo que pasa;
usted será en esta casa
muy luégo de la familia.
Hágame usted el favor
de recibirle por mí,
y todo se arregla así.
EDUAR. Yo lo tendré á mucho honor.
COR. Será algun viejo valiente;
vendrá á alguna pretension:
diga usted que la ocasion
es un poco inconveniente.
(Á Roque.) Díle que pase, muchacho.
(Váse Roque.)
(Al Baron.) Nos urge hablar de preciso.
(Á Eduardo.) Así pues con su permiso
pasaremos al despacho.
BARON. Pasemos. (Ap.) (Qué terquedad!)
COR. Pase usted. (Á la puerta del despacho.)
BARON. No, usted delante.
COR. (Ap.) (No me peta este danzante.)
BARON. (Ap.) (La urdiré; serenidad!)
(Vánse el Coronel y el Baron.)

ESCENA XI.

EDUARDO.

Lucha en vano mi razon,
ya para su triunfo es tarde;
soy el esclavo cobarde
de mi propio corazon.
Elena, hermosa mujer,
qué dicha codicio en tí
que te sacrifico así
la conciencia y el deber!
Padres, María, perdon,
seres que llenais mi historia:
apartad de mi memoria,
dejadme con mi pasion!
Vuestro santo nombre tengo

que olvidar aun cuando llore...
Que en esta casa se ignore
quien soy y de dónde vengo!

ESCENA XII.

EDUARDO, el TIO DIEGO: su traje es el que usan por tierra de Salamanca.

DIEGO. (Á la puerta del fondo.) Me da usía licencia?
EDUAR. Ah! mi padre!
DIEGO. (Reconociéndole.) Tó! que aguardo!
si es mi chico, si es mi Eduardo!
Abraza, pozo de ciencia.
(Se abrazan y Eduardo demuestra su inquietud y confusion; luégo, á medida que el tio Diego le atrae á los recuerdos de la infancia en la relacion que sigue, parece como olvidado de su presente y trasportado á los lugares que le describe su padre, hasta que volviendo á la realidad, cae en el mayor abatimiento.)
Sin duda me has visto entrar
y has venido tras de mí:
cómo no has entrado allí
donde me han hecho aguardar?
Estás guapo; estás buen mozo!
Tu madre en la fonda espera;
vaya, pues si ella supiera...
la va á dar algo de gozo.
Aquí estamos de rondon:
yo te hubiera prevenido,
pero tu madre ha querido
prepararte un alegron.
Viene la pobre!... ay de mí!
cargada todo el camino:
no ha quedádo en el molino
quien no se acuerde de tí.
Tú sabes de una mujer
que vive en una casita
en aquella plazolita
donde ibas tanto á correr?
Juana; muy fuerte el marido!

con tres chicos cominejos;
hay por la puerta conejos
y un tronco de árbol caido.
Recuerdas? pues bien, Luardillo;
ya ves tú que la interesa...
y es pobre! Pues hasta esa
te manda su regalillo!
Vieras tu madre cargada...
aquí le dan arroperas,
allí tortas, allá peras,
acullá una mondongada.
Qué había de sucederle,
si iba gritando de fijo:
¿qué me dais para mi hijo,
vecinos, que voy á verle!
Y María! no te explico
cuanto ella pudo llorar:
todo le era poco dar
para su amado Eduardico!
(Registrándose los bolsillos y sacando una petaca, que da á Eduardo.)
Y á punto que la chicuela
en la anguarina me echó
esta petaca.

EDUAR. Sí?

DIEGO. Tó!
La bordó con lentejuela.

EUARD. Con mi nombre!

DIEGO. Y una rosa:
La picaruela decía
que tan solo la ponía
porque llegara olorosa.
Mira si es lerda la chica;
Pero á mí no me engañaba:
yo de sobra adivinaba
lo que esa flor significa.
Sé la historia de esa flor;
me hago el tonto cuando quiero;
(Reparando en la confusion de Eduardo.)
Pero si soy el primero
que vendigo vuestro amor!
Tó! Luardillo, si el querer

no es delito! si yo soy...

EDUAR. (Reponiéndose.)
Me olvido de dónde estoy
y qué es lo que voy á hacer!

DIEGO. ¿Qué vas á hacer? dónde estás?
Respóndeme: tó! qué pasa?
No es del Coronel la casa?
Habla, hijo mio!

EDUAR. Jamás!
Padre, su presencia aquí
me agobia en este momento;
me está usted dando tormento,
aléjese usted de mí!

DIEGO. Yo tormento? que te deje?
Pero Eduardo, eso es demencia!
Que te agobia mi presencia?
Has dicho tú que me aleje?

EDUAR. Piedad!

DIEGO. Estás delirante!
Qué sucede? explícate!...

EDUAR. Ah, no puedo!

DIEGO. Tó! y por qué?

EDUAR. Estoy loco en este instante!

DIEGO. Dios mio! voy á llamar!...

EDUAR. Oh, si entraran, si supieran...
Acaso se arrepintieran...
Me iba usted á asesinar!
Me he dejado adormecer
con recuerdos halagüeños;
pero esos, padre, son sueños,
sueños que no han de volver!
Soy cruel; sé que he cubierto
de asperezas mi camino!...
Padre, vuelva usté al molino
y diga usté allí que he muerto!
Que mi madre no me llore,
que me aborrezca María,
que yo no la merecía...
no, más vale que lo ignore!

DIEGO. Ah! ya sé lo que te pasa;
ahí fuera pude entender
que hoy á las doce iba á haber

una boda en esta casa:
ese traje... me acomoda
que no siempre debe usarse;
eres tú quien va á casarse?
Dime, es la tuya esa boda?

EDUAR. Perdon! es la mia, sí!
Amo á Elena con locura:
sin ella ya no hay ventura
en el mundo para mí!

DIEGO. Pobre María!... cruel!...
Ella morirá de pena!
Elena!... no es esa Elena
sobrina del Coronel?

EDUAR. Sí! la adoro! es mi pasion;
es mi vida, mi demencia!
María está en mi conciencia,
Elena en mi corazon!

DIEGO. Pobre Eduardo!... bien, ten calma,
serénate, vuelve en tí,
que yo no he venido aquí
á arrancarla de tu alma!
Al cruel que la olvidó
María perdonará;
ella compadecerá
al que compadezco yo!
Pero.. te ibas á casar
como hacen los hospicianos?...
No somos tan inhumanos,
que sabemos perdonar!
Haz que retarden tu union:
tu santa madre me espera;
que no te falte siquiera
la paternal bendicion! (Váse por el fondo.

ESCENA XIII.

EDUARDO.

Su bendicion! Padre!... ah!
que este nombre no resuene
en esta casa! Y si viene?...
No hay duda que volverá!...

La Baronesa es altiva;
todos querrán despreciarme:
tendrán derecho á mirarme
con desden! qué alternativa!
En vano acudo á mi juicio;
entre ellos y Elena... Elena!
Qué me importa de su pena
si es por ella el sacrificio!
Pero es criminal alarde!...
Ah! que triunfe mi pasion!
No luches más, corazon,
que soy tu esclavo cobarde!
(Va con resolucion al fondo y hace sonar un llamador.)

ESCENA XIV.

EDUARDO, ROQUE, despues de una pausa.

ROQUE. Señur!
EDUAR. Ponte en el zaguan,
y á ese hombre que ha salido...
ROQUE. Le tengu muy conucido
al grandísimu patan.
EDUAR. Calla!
ROQUE. Si me atropelló
y es un tiazu de hierru;
íbale á soltare el perru,
peru el tiempu me faltó.
EDUAR. Infame!... Y bien, va á volver;
tú el paso le impedirás:
no vendrá solo; quizás
le acompañe una mujer.
ROQUE. Y les sueltu el perru?
EDUAR. No!
ROQUE. Bien; les daré cun la tralla.
EDUAR. No, miserable! canalla!...
(Ap.) (Si aquí el canalla soy yo!)
ROQUE. Pues si el pasu he de impedir
nun lo he de hacer cun los codos.
EDUAR. Les dirás con buenos modos
que no se puede subir.

ROQUE. Peru y si el hombre me apura,
qué tengu de hacerle?
EDUAR. Nada;
siempre negarle la entrada,
pero con mucha dulzura.
ROQUE. Comprendidu! ya deseu
que llegue prontu esa gente;
verá usted qué dulcemente
mandu á lus dos á paseu.
EDUAR. Toma! (dándole una moneda.)
ROQUE. Tomu!
EDUAR. Por callar!
ROQUE. Casi en el mutismu tocu;
sólu hablu cunmigu y pocu.
Le vendré luégo á enterar.
(Váse por el fondo.)

ESCENA XV.

EDUARDO.

Ah! les he sacrificado;
y bendecirme querían!...
Hice bien; ya no cabían
en mi corazon malvado!
(Reparando en la rosa de María, que conserva en la mano.)
Pobre hermana! aquí me envía
su alma con esta flor!...
Y hoy pago su santo amor
con tamaña villanía!
Ah flor, aparta de mí;
ya todo el daño está hecho:
no te abrigues en mi pecho,
donde hay más lodo que ahí!
(Arroja la flor, que va á caer á los piés de Elena, que sale al mismo tiempo.)

ESCENA XVI.

EDUARDO, ELENA, la BARONESA.

EDUAR. Ah!... la pisa!... por favor!...

ELENA. (Recogiendo la rosa.)
Por qué te deshaces de ella?
Es una rosa muy bella!...
Qué daño te ha hecho esta flor?
EDUAR. La ponía en el ojal...
me punzó, y yo dolorido...
ELENA. Por qué has echado en olvido
sus espinas? Te hizo mal?
EDUAR. No!
ELENA. (Prendiéndosela en el pecho.)
La amparo en este instante.
BAR. Ya no se estilan las flores;
hay adornos superiores
para un jóven elegante.
Una encomienda, un boton;
quién no alcanza del de Estado
una cruz; por mí le han dado
media docena al Baron.
Usté es gran cruz?
EDUAR. Por ahora...
BAR. Ni comendador siquiera?...
Pues hombre, eso lo es cualquiera!
EDUAR. Por eso mismo, señora.
BAR. Oh! yo haré que se la den:
eso sería un chapuz;
sobrino mío y sin cruz,
no parecería bien!

ESCENA XVII.

DICHOS, el CORONEL y el BARON.

COR. Ni medio bien! ah! qué horror!
quién por cruz no se atropella!...
Estar sin cruz cerca de ella
es el absurdo mayor!
BAR. Qué decía el... Coronel?
COR. Lo mismo que usted... señora...
BARON. Primos, se acerca la hora;
el feliz momento aquel...
¡Oh ventura qué yo ansío
y nunca alcanza mi pecho!...

(Se siente por un momento la voz del tio Diego que disputa con Roque.)
(Al Coronel.) Conque está usted satisfecho,
mi queridísimo tio?

COR. Qué voces?...

BARON. Cuenta cabal;
en cupones cinco mil;
treses y ferro-carril,
diez y siete, y da el total.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ROQUE.

ROQUE. Señur, todus aguardando
se encuentran en el salon.

EDUAR. Ah!

COR. (Á Roque.) Qué es esa confusion?

ROQUE. Ñu es nada.

BARON. (Ap.) (Ya están doblando!
Infelices! no se aterran;
y aún hay quien casarse quiere!
El que se casa se muere,
y al que se muere le entierran.)

COR. Elena!

EDUAR. (Ap.) (Qué infame fuí!)

COR. (Á Elena.) Tú que oiste mi consejo,
abraza á este pobre viejo!
Estás satisfecha?

ELENA. (Abrazando al Coronel.) Sí!

BARON. (Bajo á la Baronesa.)
(Ya le embauqué á mi sabor!)

ROQUE. (Que se ha aproximado á Eduardo.)
(Vino la mujer y el hombre
y les despedí en su nombre
cun la dulzura mayor.)

COR. La dicha te aguarda, Elena,
y la estamos retardando.

ROQUE. (Bajo á Eduardo.) (La mujer iba llorando
de un modu que daba pena!)

COR. Vamos, señores, qué hacemos?

EDUAR. Ah! sí! (Haciéndose superior.)

BARON. (Ap.) (Á la fosa!)
COR. Al salon!
EDUAR. (Ap.) (Me has vencido, corazon!)
(Alto y como haciendo un supremo esfuerzo.)
El brazo, Elena!... pasemos!
(Da el brazo á Elena y se dirige al salon seguidos de los demas; pero al llegar á la puerta, vacila y se detiene.)
ELENA. Ah! Dios mio! (Viendo vacilar á Eduardo.)
COR. Qué sucede?
Se pone usted malo? (Á Eduardo.)
EDUAR. Sí!
ROQUE. (Ap.) (Algu extrañu pasa aquí.)
BAR. (Irá á retractarse?... (Bajo al Baron.)
BARON. (Id. á la Baronesa.) Puede!
Ojalá se vuelva atrás!)
ELENA. Agua!
COR. (Conduciendo á Eduardo á un asiento.)
Un doctor!
CRIADO. (Ap.) (Farsa toda!)
EDUAR. (Con voz desfallecida.)
Que se retarde la boda
algunos instantes más. (Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Eduardo en una de las fondas del centro. Puerta de entrada á la izquierda y otra con portiers á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, sentada, DIEGO, entrando.

DIEGO. Tó! aún lloras?
ISABEL. Sin consuelo!
DIEGO. Vamos, ten calma, Isabel,
que no se merece él
ese llanto ni ese duelo.
Á un ingrato se le olvida:
ea, cesa de llorar!
ISABEL. Yo nunca podré olvidar
y me costará la vida!
Él, tan bueno!...
DIEGO. Calla, necia!
ISABEL. Si le he llevado en mi seno!
DIEGO. No puede ser hijo bueno
el que á sus padres desprecia.
SABEL. Él no habrá sido!
DIEGO. Isabel,
te digo que sí, estoy cierto:
el criado ha descubierto

que el insulto partió de él.

ISABEL. Nadie habrá que me convenza...

DIEGO. Á mí sí; todo lo aspero!
Sin duda que al caballero
le causábamos vergüenza.
Le era duro presentar
entre tan altos sujetos,
á sus padres, dos paletos
que viven en un lugar.
Basta nuestra ropa parda
para que el lazo rehuya:
pero la culpa no es suya,
merecemos una albarda.
Si en vez del gran sacrificio
hecho en su larga carrera,
allá, á nuestro lado, hubiera
ganado el pan en mi oficio,
más honrado á mi entender
viviera su señoría,
y no se avergonzaría
de los que le han dado el ser.
Cria cuervos, que ellos luégo
los ojos te socarán!
Qué bien se explica el refran!...

ISABEL. Me atormentas: calla, Diego!
Es horroroso creer
cuanto nos pasa!

DIEGO. Eso sí!
Mira, partamos de aquí,
nada nos resta que hacer!
Puede venir y quizás
tendría que aborrecerle.
No quiero, no quiero verle
ante mis ojos jamás.
Aquí vivía el señor:
mira el lujo en tu redonda;
yo le pagaba esta fonda
derrochando mi sudor.
En verdad que es un absurdo;
él, tan noble caballero,
ser hijo de un molinero
que viste de paño burdo.

Qué talento el de María!
Como si el lance temiera;
—Tio, cómprese chistera,—
la chicuela me decía.
Yo chistera?—Sí señor!—
Pero muchacha, por qué?
Y me contestó:—no sé,
pero parece mejor.—
Qué más dá seda que estopa?...
—Aquí en el pueblo, corriente,
pero en Madrid á la gente
se la juzga por la ropa.—
Sabe tanto!... es un asombro!
Sin duda que lo leyó:
y tambien me prohibió
que trajera alforja al hombro.

ISABEL. Y bien! si el vestido fué
causa...

DIEGO. Á creerlo resisto.

ISABEL. Pero si á mí no me ha visto
todavía!

DIEGO. Ya se ve!
Si te hubiera visto á tí
mejor cara hubiera puesto.

ISABEL. No es verdad?...

DIEGO. Tó! por supuesto;
Estás muy galana así!
Tambien María ha cuidado
de tu traje; pobre niña!
Ella cosió tu basquiña
y tus rizos ha peinado.
Ella! y pensándome estoy
que allá en sus adentros dijo:
«Para que sepa tu hijo
lo hacendosita que soy!»

ISABEL. Pobrecita!

DIEGO. Desdichada!...
Cuando ella sepa... no, no!
Infeliz, no seré yo
quien la dé la puñalada.
Se va á morir de pesar;
la inocente en él adora!

ISABEL. Lo sabías?
DIEGO. Quién lo ignora?
Si es público en el lugar.
No has visto un roble muy viejo
allá en el quinto molino,
entre el valle y el camino
que va al monte del concejo?
ISABEL. Junto al puente verde está;
ya sé; si no tiene pierde.
DIEGO. Justo; junto al puente verde,
un poquito más acá.
Pues bien, verás qué historieta.
Les hallé una tarde allí,
y en seguida que les ví
me agazapé en la cuneta.
Parecía un malhechor:
ellos no se apercíbieron,
y sin recelar siguieron
en su plática de amor.
Cuánto gocé aquel momento!
hablaban sus corazones,
y todas sus expresiones
me las regalaba el viento.
—Me juras por esta cruz
quererme?—Eduardo decía:
siempre!—Contestó María,
—ántes me falte la luz!—
—Y tú á mí, me olvidarás?
Y escuché con embeleso,
primero, el ruido de un beso,
y luégo decir, jamás!—
Se alejaron y subí;
la cruz en el roble estaba,
tan reciente que aún sangraba;
y lloré cuando la ví!
Cómo no!... sabes por qué?
sabes por qué me afectó?
allí otra cruz gravé yo
cuando al servicio marché.
Recuerdas?
ISABEL. Sí, demasiado!
Tú volviste!

DIEGO. Fuí constante!
Tó! la cruz del estudiante
no era la cruz del soldado.
ISABEL. No era, no! Pobre María!
No merece sus rigores!
Tambien yo de esos amores
otra historieta sabía.
Desque llegó á nuestro hogar
y á su abrigo se mantiene,
tanta gratitud nos tiene
que no se puede expresar.
Desde el primer dia, al ser
el alba, llegaba loca
para dejar en mi boca
el premio de su querer.
Era un beso, y al besar
decía en dulces extremos:
«Los huérfanos no tenemos
otros tesoros que dar.»
Y lloraba al calor mio:
y yo entre sueños creia
que alguna flor sacudía
en mi restro su rocío.
Caricia que otra provoca
y con el alma pagaba.
Que contenta despertaba
bajo el roce de su boca,
al saludo matinal
que sólo un ángel precabe,
siempre puro, fresco, suave,
dulcísimo y virginal.
Llegó el dia en que partió
Eduardo, y con él mi vida,
y el beso de despedida
en la frente me le dió.
Ella lo pudo observar,
porque á la aurora siguiente,
no ya en la boca, en la frente
fué donde vino á besar.
Y de entónces su constancia
hizo allí fuente de amores
como el que cultiva flores

para aspirar su fragancia.
Tambien lo llegué á advertir,
y la dije: «por qué es eso?»
—«Es que beso sobre el beso
que la dió Eduardo al partir.»
Ingrato!

DIEGO. Por qué me aflijo?
Es preciso que me venza:
Isabel, me da vergüenza
de ser padre de tal hijo!
Vamos; anímate!

ISABEL. No;
no puedo!

DIEGO. Mira, yo sí:
lo ves? imítame á mí;
hazte fuerte como yo.
Anda, vé: estoy decidido:
esta noche partiremos,
y cuando en el pueblo estemos
procuraremos olvido.
En cuanto á ella, pobrecita!
yo la diré sin demora
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

ISABEL. Vuelvo á guardar todo?

DIEGO. Sí.

ISABEL. Y los regalos?...

DIEGO. Se infiere:
Ya lo ves; él no los quiere;...
no se han de quedar aquí.
Voy á pagar nuestra cuenta;
pronto vuelvo.
(Acompaña á Isabel hasta la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

DIEGO, momentos despues EDUARDO.

Desdichada!
tiene el alma desgarrada!
y venía tan contenta!
ingrato!... qué crueldad!

Ella, que por él delira!...
Si me parece mentira
en un hijo tal maldad!
Qué miro?
(Eduardo llega por la izquierda, y al ver á su padre se arroja á sus piés de rodillas.)
Padre, perdon!

DIEGO. Él! aparta, desgraciado,
no te conozco, he borrado
tu nombre del corazon.

EDUAR. Perdon, padre: yo bien sé
que he sido inícuo y cobarde!...

DIEGO. Tu arrepentimiento es tarde,
alza, Eduardo; déjame!

EDUAR. Me rechaza usted?...

DIEGO. Del todo!
no eres digno de perdon.
Dime, merece tu accion
que te trate de otro modo?
Disculpa tu crueldad!...

EDUAR. Sé que es mi delito odioso;
estaba ciego!

DIEGO. Orgulloso:
hinchado de vanidad!
Creías que entre esa gente
donde te has introducido
mintiendo, porque has mentido...

EDUAR. Padre!

DIEGO. Miserablemente!
Ibas á perder, así,
mostrando en hora menguada
á tus padres, gente honrada,
que se avergüenza de tí.
Bondadosos corazones
que te alzaron de su esfera;
que para darte carrera
sufrieron mil privaciones.
Mientras en tu rededor
nada por tu bien faltaba,
este anciano trabajaba
anegado de sudor.
En invierno, tiritando,

ún u nombre bendecía;
y el calor ni le sentía,
porque estaba en tí pensando.
Siempre en mis labios tu nombre,
qué me había de quejar!
Ala! ala! á trabajar,
es preciso hacerle hombre!
Cuántas! cuántas veces ví
á tu madre, pobrecilla!
remendando su ropilla
por tener más para tí.
Cómo vestir á la moda?...
Pude acaso! tú lo crees?...—
Este vestido que ves
le compré para mi boda!

EDUAR. Padre mio, perdon!

DIEGO. Quita;
mi justo dolor respeta:
Tu padre gasta chaqueta
porque tú lleves levita!
(Pausa. Eduardo va á sentarse en silencio, ocultando el rostro entre las manos.)
Lloras?... mejor para tí
si desahogas tu pecho:
tambien á tu madre has hecho
verter lágrimas ahí!

EDUAR. Madre mia! dónde está?
Quiero pedirla perdon!

DIEGO. Tambien de su corazon
ella te ha borrado ya.

EDUAR. Ella! mi madre? ay de mí!
Es tan grande mi delito?

DIEGO. Dios no perdona al maldito!

EDUAR. Dios no, mas las madres sí!

ESCENA III.

DICHOS, ISABEL, aparece por la derecha.

ISABEL. Hijo mio!

EDUAR. Lo ve usté!...
me llama igual que otras veces!

DIEGO. (Interponiéndose entre Isabel y Eduardo, que iban á abrazarse.)
Eduardo, atrás! no mereces
el que tal nombre te dé!
ISABEL. Diego!...
DIEGO. Es verdad; veo he sido
juez injusto en la querella.
¿Por qué castigar á ella,
si es él quien ha delinquido?
Llega, Eduardo; ya su pecho
hiciste otra vez pedazos;
recházala de tus brazos
cual de tu puerta lo has hecho!
EDUAR. (Abrazando á su madre.)
Madre mia!
DIEGO. Se acabó;
en vano estoy resistiendo;
y bien! si me estoy muriendo
por darle otro abrazo yo!
(Eduardo se desprende de los brazos de Isabel y abraza al tio Diego. Pausa.)
Vamos, prueba disculparte,
dinos que estás inocente,
y si eso no es cierto, miente,
que queremos perdonarte.
EDUAR. La verdad he de decir;
vuestro perdon necesito:
no aumentaré á mi delito
el delito de mentir.
Es Madrid rara mansion,
eden, infierno ó arcano,
en donde el hombre más sano
enferma del corazon.
La atmósfera es diferente,
la existencia es de otro modo,
nada es igual, cambia todo
en las cosas y en la gente.
Llega un jóven del lugar
donde corrió su niñez,
y ántes de llegar tal vez
un Madrid pudo soñar.
Más hermoso ó más pequeño,

más ó ménos encantado;
segun el prisma dorado
de su fantástico sueño.
Llega y asombrado calla;
contempla en su rededor,
y no sabe qué es mejor,
lo que soñó ó lo que halla.
Pasan los primeros dias,
y, soñoliento, aturdido,
echa de ménos su nido
y tal vez sus alegrías.
El campo con su fragancia,
la ermita, el huerto, la fuente,
el monte, el llano, el torrente,
sus amigos de la infancia,
alguna hermana querida,
su dulce voz, su cariño,
sus afecciones de niño,
cuanto llenaba su vida.
Entónces de su alma pura
brota el candor que atesora;
la pena le rinde y llora
con la más honda amargura.
Pero... hipócrita dolor!
escucha el dulce murmullo
y cede al primer arrullo
de este infierno halagador.
Llegan luégo los encantos,
disipan la pesadumbre,
se hace ley de la costumbre,
y despues... uno de tantos!
Esto me ha pasado á mí;
ya soy tan otro, que infiero
que hoy sería un forastero
en la aldea en que nací.
Todo aquí es breve y fugaz;
la dicha igual que la pena;
aquí el alma se envenena
y desconoce la paz,
el oropel nos deslumbra,
la mentira nos es grata,
y la ambicion se desata

y la ambicion nos encumbra.
Yo me lancé al torbellino,
y como toda esta gente
vivo solo en el presente
andando ciego el camino.

ISABEL. Y puedes olvidar?...

EDUAR. Sí!

DIEGO. Y nosotros, desdichado?

EDUAR. Ustedes son mi pasado
puesto delante de mí!

DIEGO. Para avergonzarte?

EDUAR. No!

DIEGO. Sí! disculpo tu locura:
yo te lancé á tanta altura;
la culpa la tengo yo.
Al fin patan! necio fuí!
Cómo entenderse podrá
la gente de por allá
con estos sabios de aquí?
Y María!...

EDUAR. Yo procuro...

DIEGO. La juraste...

EDUAR. En mi niñez!...
quién no juró alguna vez
y quién no ha sido perjuro!
Dulces cuentos de la infancia
de los que el hombre se olvida;
siendo tan fugaz la vida
es natural la inconstancia.
Quién se detiene á pensar?...
vuela el tiempo; todo es poco;
yo iba disparado, loco;
amaba... me iba á casar...

DIEGO. Se iba á casar!...

EDUAR. Quién me haría
retroceder si era amado?

DIEGO. Isabel, has escuchado?
No se casó todavía!

EDUAR. Aún no; triunfó mi razon!

DIEGO. Respiro! venga otro abrazo!

EDUAR. He pedído un breve plazo
para... pedirles perdon.

(Diego, que se disponía á abrazar á Eduardo, se detiene.)

DIEGO. Ah! luégo insistes?...

EDUAR. Está
en esa union mi ventura!

DIEGO. En ese caso... procura
ser feliz; no hablemos ya!
(Disponiéndose á salir.)
Vamos pues: estás perdiendo
tiempo tal vez? Si supieran...

EDUAR. A ustedes... no les esperan...
Yo les suplico...

DIEGO. Te entiendo!

EDUAR. Por ella no!...

DIEGO. Pues por quién?

EDUAR. Su tia la Baronesa
es orgullosa...

DIEGO. Confiesa
que tú eres necio tambien.

EDUAR. La sociedad...

DIEGO. Está loco!
quién les habrá dicho que era?...

EDUAR. Saben que tengo carrera;
tambien saben...

DIEGO. Y eso es poco?

EDUAR. Que me acaban de nombrar
gobernador de Gerona.

DIEGO. Tó! pues no es poca persona:
quién lo había de pensar?

ISABEL. No te alegra?

DIEGO. Bien querría,
pero callar es preciso:
acaso nos da permiso
para mostrar alegría?
Á tanta felicidad
hay que mostrarnos ajenos:
no lo ves que tiene á ménos
el ser hijo...

EDUAR. Por piedad!...

DIEGO. Que se encumbre el que nació
en una cuna elevada
no tiene de extraño nada,

todos los dias se vió.
Pero que se eleve y venza
el que nació en pobre lecho,
éste, Isabel, es un hecho
que á ningun hombre avergüenza.
Espartero fué soldado;
su padre fué un carretero;
que pregunten á Espartero
por su timbre más preciado!

ISABEL. Por Dios, Diego, déjale!
Lo primero es su ventura:
de esta suerte se asegura
y yo me resignaré!
Que sea feliz!

DIEGO. Que sea!

(Aparece el Baron y se detiene á la puerta como demostrando sorpresa.)

Anda, Eduardo, vé á casarte,
que para no avergonzarte
nos iremos á la aldea.
Al coronel sin cuidado
puedes hablarle de mí!

EDUAR. Usted le conoce?...

DIEGO. Sí:
como que fuí su criado.

BARON. (Ap.) (Su criado!)

DIEGO. Su asistente:
siéndolo salvé su vida;
si tendré yo merecida
la gratitud de esa gente!

EDUAR. Su asistente!

DIEGO. Á mucho honor,
aunque á tí no te convenga:
lo que no priva que tenga
un hijo gobernador.

EDUAR. Padre!...

DIEGO. Es claro; tú querrás
que guarde bien el secreto:
desde luégo te prometo
que no lo diré jamás!

ISABEL. Si á tu dicha compromete
no nos verán!

EDUAR. Si supieran...
DIEGO. Vamos, Eduardo, te esperan;
abraza á tu madre y vete.
(Váse el tio Diego por la izquierda.)

ESCENA IV.

ISABEL, EDUARDO, BARON, á la puerta de la izquierd.

EDUAR. Madre de mi corazon!
ISABEL. Pero qué, nos dejas ya?...
EDUAR. Yo la juro que será
breve la separacion.
Mi pecho está interesado
en esta union: qué he de hacer!...
No puedo retroceder
sin hacerme desgraciado.
Hoy obstáculo serán
para mí, mas no mañana;
y pues la dicha es cercana
pronto me perdonarán.
Con ella os iré á pedir
el perdon!
ISABEL. No le mereces!
EDUAR. Oh! yo os pagaré con creces
lo que hoy os hago sufrir.
Adios!
ISABEL. Hijo, vé en buen hora;
y no olvides, desdichado,
que allá en nuestro hogar honrado
tu madre te espera y llora!
(Acompaña á Isabel hasta la puerta de la derecha, permaneciendo un breve momento en su contemplacion; luégo, reponiéndose, toma el sombrero, que dejó sobre un mueble á su entrada y se dispone á salir al mismo tiempo que el Baron aparece como si acabára de llegar.)

ESCENA V.

EDUARDO, el BARON.

BARON. Oh, caro insigne mortal;

primo mio el más amado!
se encuentra más aliviado
de su repentino mal?

EDUAR. Iba á salir!...

BARON. Muy bien hecho!
Á mí me ocurrió al instante,
que bicoca semejante
no le haría guardar lecho.
Aunque hay razon, sí señor,
y razon muy poderosa:
pues qué, el casarse no es cosa
de sentir algun dolor?
Por mi parte le aseguro,
y eso que hay niñas muy bellas,
que yo he de ver las estrellas
cuando me halle en tal apuro.
Casarse! Santo Tomás!
Una vez que tal soñé,
qué suplicio! desperté
entregado á Barrabás.
Las almohadas por el suelo,
sin colchas ni cobertores,
presa de horribles sudores
y puesto de punta el pelo.
Qué rato! Dios de Israel!
Se le doy al más pintado:
nunca, en mi vida he pasado
un instate más cruél.
Ví en el fondo una cruz negra;
la cruz que el casado alcanza,
y más allá en lontananza
la figura de una suegra!
Qué ojos! qué manos! qué garras;
la hubiera dado un revés:
tenía un perrito inglés,
papalina y antiparras.
Sereno!!—gritaba yo.
Pero qué lance más bueno!—
Cuando llegaba el sereno
paf! puf!— se desvaneció!
Qué mucho que á usté le diera
miedo; no me extraña á mi!

EDUAR. Ha terminado usted?
BARON. Sí.
EDUAR. Entónces, cuando usted quiera.
(Disponiéndose á salir.)
BARON. Oh! no hay prisa: qué valor!
Ni que fuera usté un Tenorio:
este asunto del casorio
cuanto más tarde mejor.
Yo le vengo á noticiar
que tiíta y yo partimos;
y como es justo sentimos
no poder acompañar...
EDUAR. Gracias!
BARON. Estaba dispuesto,
y á las ocho parte el tren:
ustedes saldrán tambien
á viajar, por supuesto?
Un viaje es de rigor,
á París, Lóndres, Viena...
Con nosotros vino Elena
la temporada anterior.
Ella le dirá el camino;
bien andado le tenemos.
Conque, saldrán?
EDUAR. Sí, saldremos...
BARON. Á Lóndres?
EDUAR. Á mi destino.
BARON. Primo, sospecho que no.
Por lo visto, usted no sabe?...
EDUAR. El qué?...
BARON. La noticia es grave:
el ministerio... cayó!
EDUAR. Eso es cierto?...
BARON. Ya se ve!
La suerte le ha sido vária;
entra la fraccion contraria
á los amigos de usté.
Ahora entrará el vara-palo,
y el pueblo siempre contento!...
Yo he comprado un suplemento;
tenga usted, se le regalo.
(Eduardo toma maquinalmente el papel.)

Ea, agur, hasta despues!
Luégo nos despediremos:
no es verdad que nos veremos
allá en casa?...

EDUAR. (Distraido.) Sí, eso es!

BARON. En ese caso, corriente.
Hasta la vista, primito!
(Ap.) (Le he dejado tamañito
al hijo del asistente!) (Váse.)

ESCENA VI.

EDUARDO, despues de leer con sobresalto el suplemento que le ha dejado el Baron, se deja caer con desaliento en un confidente: despues aparecen el CORONEL y el tio DIEGO.

EDUAR. (Saliendo á su encuentro.)
Ah, padre!...

COR. (Dándose por aludido.) Aún no, caballero:
mas me juzgo tan honrado
con el nombre que me ha dado,
que pronto alcanzarle espero.

DIEGO. (Ap. á Eduardo.)
(Nada sabe.)

COR. Y bien! qué pasa?

EDUAR. Me disponía á salir!

COR. No he podido resistir;
estaba impaciente en casa.
Amo á Elena con locura,
y fué tan raro el suceso,
que la verdad, le confieso,
que temí por su ventura.

EDUAR. Ah, señor!...

COR. Ya se me alcanza
su mucha delicadeza,
pero hable usted con franqueza:
este hombre es de confianza. (Por Diego.)
Un bravo que le presento;
acabo de hallarle ahí fuera.
Con permiso, mi cojera
me obliga á tomar asiento.

DIEGO. (Ap. á Eduardo.)

(Ya lo ves, todo lo ignora.

EDUAR. (Ap. á Diego.)
Yo le voy á declarar...

DIEGO. (Ap. á Eduardo.)
Puedes tu vergüenza ahorrar,
soy yo quien la tiene ahora.)

COR. Un valiente camarada
de honradez reconocida,
á quien le debo la vida
desde la guerra pasada.
Contaré á usted largamente
esa historia. Conque, hablemos,
á ver si nos entendemos,
como cumple, lealmente.

EDUAR. Coronel, mi situacion
es muy difícil; con pena
he de renunciar á Elena,
á quien amo con pasion.

COR. Renunciar? Tenga usted calma!
Si lo que pienso le obliga,
dispense usted que le diga
que tiene usted poca alma.
Vamos, tendré que salir
á la mitad del camino:
sepa usted que ya imagino
lo que me va usté á decir.
Cuando el lance aconteció,
dije para mi: «Qué es esto?»
Sospeché que era un pretesto,
y la verdad, me inquietó.
Tomé el sombrero y salí
con un humor endiablado;
no hallo coche, cruzo el Prado
y me dirijo hácia aquí.
Entro por la de Alcalá,
hallo en armas la milicia,
y oigo gritar la noticia
que... usted no ignoraba ya.
Oh, dosdichada nacion!
Me ha llegado á lo más vivo...
Pero no encuentro el motivo
para tal resolucion.

Renunciar? Qué bobería!
Cayó, váyase al infierno!
Si hoy ha caido el gobierno
ya levantará otro dia!
Pues qué, no es usted letrado?
No soy yo de Elena tio?
Vamos, vamos, señor mio,
es usted muy delicado!
No era eso?

EDUAR. Sí señor!

COR. Me lo figuré al momento!
No forme usted sentimiento;
ya será gobernador.
Elena, es de suponer,
no le querría por eso;
y en cuanto á mí, le confieso
no me hará retroceder.
Títulos de más valía
tiene usted para mi agrado;
y el paso noble que ha dado
le ensalza más todavía.

EDUAR. Gracias, señor; no merezco
tan señaladas bondades.

COR. Ea, fuera nimiedades;
yo con el alma me ofrezco.
Mañana será la boda:
hoy... saldrá la Baronesa,
y aquí, entre nosotros, esa
no del todo me acomoda.
Es algo... así... y ademas
bastante... yo no sé qué:
En fin, ya le contaré
cuando nos tratemos más.
Oh! qué gran luna de miel
van á pasar! yo lo creo!
Un viaje de recreo
á mi hacienda de Teruel.
Pasaremos quince dias;
luégo á Francia á ver franceses;
y lo ménos en tres meses
no cesan las correrías.
Ya verá usted qué interés,

qué bien se vive y se ama!
Dispondremos el programa
en comandita los tres.
Á propósito: tú, Diego,
yo á la boda te convido.

DIEGO. Gracias, señor!

COR. No es cumplido;
te negarás?...

DIEGO. No me niego;
pero tengo que marchar
con precision en seguida.

COR. Bien, aplazas tu partida;
todo se puede arreglar.

DIEGO. Imposible; es una urgencia,
y he de marchar al momento.

COR. Por vida!... á fe que lo siento;
pero en fin, tendré paciencia.

DIEGO. Yo tambien la necesito:
aceptaría ese honor,
pero... no puedo, señor,
aunque me duela infinito.
Y pues estoy de viaje
y esperaba á despedirme,
voy á hacerlo; tengo que irme
á preparar mi equipaje.
Mi coronel!...

COR. No; tu hermano,
tu amigo, tu camarada;
bien sabes cuánto me agrada
estrechar tu honrada mano!
Á ella la vida debí!

DIEGO. Cumplí un deber, no lo niego!
Hasta la vista!

COR. Adios, Diego,
y no te olvides de mí.

DIEGO. (Al salir, se detiene delante de Eduardo.)
Si por la Vieja Castilla
viajando se detiene,
allá donde el Tormes tiene
rico Zurguen por orilla,
verá siguiendo por ella,
muy delicioso camino,

el más modesto molino
que en sus contornos descuella.
Es una humilde morada
que le ofrezco al caballero;
yo soy allí el molinero
y tendrá franca la entrada.
Siga si se halla dudoso
á favor de la corriente;
por allí encontrará un puente,
y muy cerca un roble añoso:
tiene una cruz que imagino
será de un amante ausente;
pues bien, siguiendo de frente
no tiene pierde el molino.
(Váse por la derecha.)

ESCENA VII.

EDUARDO, el CORONEL.

EDUAR. Ah!
COR. Vea usted qué atencion!
Esta gente es mucho cuento:
ese es un ofrecimiento
hecho con el corazon.
Sin vanidad ni cumplido,
con el alma le convida,
como si toda la vida
le hubiera á usted conocido.
EDUAR. Iré!
COR. Qué me place! iremos!
Gran escursion por mi nombre;
de fijo que al pobre hombre
un gran placer le daremos.
EDUAR. Vale mucho!
COR. Es de admirar!
Que si vale? noble pecho!
Le voy á contar un hecho
para que pueda juzgar.
Fué en la guerra fratricida,
el treinta y seis, veinticuatro
de diciembre, y el teatro

Bilbao la nunca vencida.
Noche de recuerdo eterno
en que se unieron en guerra
los demonios de la tierra
y las furias del infierno.
Á la izquierda del Nervion
el ronco cañon tronaba,
en tanto se preparaba
una insigne expedicion.
El paso de Azúa era
lo que allí se disputaba,
y en franquearle estribaba
triunfase nuestra bandera.
Empresa que causa horror,
que emprenden nuestros soldados
como leones, lanzados
con indomable valor.
Agua, nieve, granizada,
el mar que cerca rugía...,
todo, todo combatía
en la espantosa jornada.
Y para prueba mayor
del ejército leal,
su más bravo general
en el lecho del dolor.
Yo de su escolta, su suerte
seguía en atroz tormento:
librábase aquel momento
batalla de vida ó muerte!
Diego, mi asistente fiel,
los cabellos se mesaba,
y en su rostro adivinaba
lo que pasaba por él.
Cuando al Desierto llegó
el coronel de Toledo,
y con bizarro denuedo
así á Espartero le habló:
«General, nuestra bandera
está en peligro y os llama:
el ejército os aclama
y la victoria os espera.»
Oirlo y saltar del lecho

fué un rayo! no esperarían!...
los soldados le pedían
una trinchera, su pecho!
Y en actitud soberana
poco despues, noble y fiero,
estaba entrando Espartero
por el puente de Luchana!
Allí perdí esta porcion
de mi cuerpo, fué un sablazo!
Eso sí, me costó un brazo,
pero ganamos la accion!
Yo iba á morir peleando
fuera de mí, estaba ciego!
Y me hallé en brazos de Diego
sin saber cómo ni cuándo.
Camilleros! voceaba:
socorro! aquí, vengan dos!
Corría, rogaba á Dios,
y en sus brazos me llevaba.
—Dos camillas, Diego?—Sí!
—Una le basta á un herido!
Y exclamó desfallecido:
—Es la otra para mí!
Tambien lo estaba! y no leve!
Me salvó su bizarría.
Su sangre igual que la mia
trazó un gran surco en la nieve.

EDUAR. Oh, corazon noble y bueno!

COR. Así exclamé, de ese modo
el dia en que manco y todo
le estreché contra mi seno.

ESCENA VIII.

DICHOS, ELENA, BARONESA y BARON, los tres en traje de camino.

BARON. Miren si acerté!...

ELENA. Qué veo!

BARON. Caballeros, aquí estamos.

COR. Ah! qué es esto?

BAR. Que nos vamos

de viaje.

BARON. De bureo!

COR. Vayan ustedes con Dios.
Ustedes dos, convenido;
pero Elena...

ELENA. He decidido...

BAR. Viene con nosotros dos!

EDUAR. (Ap.) (Qué oigo?)

COR. No he de tolerar!...

BAR. Hace usted mal, porque viene;
sin otra razon que tiene
nuestro modo de pensar.
No hemos querido partir
sin despedirnos de... Eduardo:
por lo demas yo no aguardo
su permiso.

COR. Es de advertir!...

ELENA. Pero tio, á qué esos modos?
Si ya es cosa convenida!
usted es de la partida.

COR. Yo?... qué dices?

ELENA. Vamos todos.
Es decir!... los cuatro.

BAR. Pues!

BARON. Una expedicion dichosa!

COR. No he convenido en tal cosa;
no señora, no lo es!

BARON. Pues ya tiene su equipaje
en la estacion, caro tio!

COR. Pues mal hecho, señor mio,
que yo no voy de viaje!

BAR. (Ap.) (Ya dijo una grosería!)

COR. Pero quién les dió permiso?...

ELENA. (Ap. á Eduardo.) (Está roto el compromiso
que entre los dos existía!)

EDUAR. (Ap. á Elena.) (Elena!)

ELENA. (Id. á Eduardo.) (Todo acabó!)

COR. Pero, niña, explícate.

BARON. Ella...

COR. No hablo con usté!
Hombre, ni aunque fuera yo...

BAR. (Ap. á Eduardo.)

(Nuestra alcurnia no consiente,
aunque el Coronel quisiera,
que su sobrina se uniera
al hijo de su asistente.)

EDUAR. Bien, señora.)

ELENA. (Que ha pasado al lado del Coronel.)
Estoy resuelta!

COR. Y la boda?... qué dirá?...

ELENA. Hemos convenido ya
en celebrarla... á la vuelta.

COR. Y, usted, Eduardo, qué hace?

EDUAR. Yo... nada!

ELENA. Lo aprueba todo.

COR. Pues yo no, de ningun modo;
ni lo entiendo, ni me place.

ELENA. Tio, le ruego por Dios
que consienta!

COR. No haré tal!

ELENA. La tia se explicó mal:
vamos nada más los dos.
Ella con primo Gabriel
á París.

COR. Vayan benditos!...

ELENA. Y usted conmigo, solitos,
á su hacienda de Teruel.

COR. Así, ménos mal!

ELENA. Consiente!

COR. Pero estaba todo esto
en el programa dispuesto
de manera diferente.

BAR. Voy á París. (Al Coronel.)

COR. Vaya usté

BAR. Con el Baron.

COR. Muy bien hecho!

BAR. Que no fuma.

COR. Buen provecho.

BAR. Y es muy fino.

COR. Y á mí, qué?

BAR. Se lo quiero á usted contar
delante de algun testigo,
porque entienda que conmigo
no se va usté á marear.

COR. No hay paciencia que resista
en todo el género humano.
BAR. (Despidiéndose de Eduardo.)
Conque beso á usted la mano! (Váse.)
ELENA. (Id.) Adios! (Váse.)
BARON. (Id.) Primo, hasta la vista! (Váse.)
COR. Pues señor, lo quiere... sea!
Ménos mal, solos los dos!...
Ea, hasta la vuelta.
EDUAR. Adios!
COR. Voy contra viento y marea!
Así descarrile el tren
y demos un batacazo.
Aunque pierda el otro brazo
y la otra pierna tambien! (Váse.)

ESCENA IX.

EDUARDO.

Ah! me desprecian! mejor!
Justo castigo!... estoy loco!
Falsa Elena!... ella tampoco
era digna de mi amor!
Ni yo del amor de Elena!
Quizás me haya redimido!
La condenaré al olvido
como ella á mí me condena.
Podré olvidarla? es tan bella,
que yo no sé si podría!
Y bien! no olvidé á María
á quien amé ántes que á ella?
María! Por dónde ahora
llega á turbar mi conciencia!...
quién sabe; la Providencia
siempre es sábia y previsora!
Elena mi fantasía
exalta! qué ojos! qué brillo!
una vírgen de Murillo
es la inocente María!
La voz de Elena conmueve
y el alma de encantos llena!

María es una azucena
que se abre paso entre nieve!
Era Elena mi cariño
y la amaba con pasion!
Á María el corazon
la dí, desde que era niño!
Pero por fin, á quién quiero?
Cuál de ellas olvidaré?
Dios mio, yo no lo sé
á cuál de las dos prefiero!

ESCENA ÚLTIMA.

EDUARDO, ISABEL y el TIO DIEGO, cargados con algunos efectos de viaje.

EDUAR. Ah! madre!
ISABEL. (Dejando caer lo que trae en las manos y abrazándole.)
Eduardo!
DIEGO. Aún aquí?
EDUAR. (Á Isabel.) Sabe usted si todavía
la encantadora María
me guarda cariño?
ISABEL. Sí!
Grande, como el que yo guardo.
Más que cariño, pasion!
Si aquel pobre corazon
sólo late por su Eduardo!
Si te ama? mientras aliente!
En tí cifra, yo lo juro!
su pensamiento, que es puro
como el agua de la fuente!
No es verdad, mi Diego?
DIEGO. Sí!
Tó! qué ha de hacer? por supuesto!
Si en tí su esperanza ha puesto,
á quién amar si no á tí.
EDUAR. Y me espera?
ISABEL. Yo lo creo;
á Dios pongo por testigo:
verte y casarse contigo

es su constante deseo!
Mira tú si será fiel:
uno hay muerto por María...

EDUAR. Y ella qué hace, madre mia?

ISABEL. Ella? le desprecia á él!

DIEGO. Te acuerdas de aquel indiano
que vino y se estableció...
Pues bien, ese nos pidió
en otra ocasion su mano!

EDUAR. Y se la negaron?...

DIEGO. Sí!...

ISABEL. Y María tan dichosa!...

DIEGO. Pues no faltaba otra cosa
que te la quitára á ti!

ISABEL. No te acuerdas de un rosal
que tú plantaste con ella
al pie de la choza aquella
que está cerca del nogal?

EDUAR. Qué he de hacer!

ISABEL. Pues bien, María;
mira tú si será fiel,
que iba diciendo «para él!»
á cada rosa que abría!

DIEGO. Siempre que conmigo va
hablarme de tí es su agrado!

ISABEL. Tu retrato está borrado
de los besos que le da!

DIEGO. Mil veces tu nombre oí
en todas sus alegrías!

ISABEL. Y en misa todos los dias
pide á la Vírgen por tí!

EDUAR. Y yo la quiero tambien;
y juro amarla con creces!
Padres, benditos mil veces
que me volveis tanto bien!

DIEGO. Ay qué peso me has quitado!...

EDUAR. En vuestra dicha confío!

DIEGO. Dame otro abrazo, hijo mio,
y olvidemos el pasado!
Oye, Isabel, saca ya...

ISABEL. Los regalos?

DIEGO. Sí, mujer.

No los hemos de volver,
si son suyos!

EDUAR. Tiempo habrá!

DIEGO. Viene mucho!

EDUAR. Ya adivino!

DIEGO. Verás, verás qué arroperas;
verás qué tortas, qué peras,
y sobre todo qué vino!
Quisiera estar en mi casa:
quiero reir y bailar;
tengo ganas de llorar;
yo no sé lo que me pasa!
Estoy loco de alegría!
Tanta ventura es el cielo!
Si era mi mayor anhelo
verte esposo de María!
yo trabajaré, verás,
me prueba el trabajo á mí!
hasta ahora para tí,
para tus hijos de hoy más!

EDUAR. No; padre, de ningun modo;
ingrato y mal hijo fuera!
me habeis dado una carrera,
ella dará para todo!
Bastante hareis si enseñais
á mis hijos pequeñuelos,
y aprenden de sus abuelos
la virtud que atesorais.

ISABEL. Les guiaremos los dos
por la senda del cristiano;

DIEGO. El que honra á su padre anciano,
se honra á sí mismo y á Dios!

EDUAR. Puro es mi arrepentimiento!

DIEGO. Y yo te bendigo!

EDUAR. Padre!

DIEGO. Eduardo, honrar padre y madre
manda EL CUARTO MANDAMIENTO!

FIN.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Tengo que agradecer á los Sres. D. José Miguel y D. Ramon Mariscal, el haberse encargado de papeles que no les correspondían en el reparto de esta obra.

El papel desempeñado por el Sr. Miguel, pertenece al galan, y el estrenado por el Sr. Mariscal podrá repartirse al barba ó segundo galan.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á las cinco	1	D. E. Jackson	Todo.
El que la sigue	1	Jacobo Sales	»
El que todo lo quiere	1	Leopoldo Vazquez	»
Por dinero baila el perro	1	Cárlos Frontaura	»
Un marido soltero	1	Antonio Zamora	»
Á mí qué	2	Eduardo J. Cortés	»
El corazon de un perdido	2	Mariano Chacel	»
El Manco de Lepanto	2	Enrique Zumel	»
Los bandos de Cataluña	2	Enrique Zumel	»
Un mandamiento de la ley de Dios	2	Mariano Chacel	»
Carracuca	3	N. N.	»
El ángel del hogar	3	Ángel Torromé	»
El árbol sin raíces	3	Herranz y F. Bremon.	»
El castigo sin venganza	3	Emilio Álvarez	»
El estómago	3	Enrique Gaspar	»
El sorteo	3	Luis Blanc	»
Jugar al escondite	3	Eusebio Blasco	»
La esposa del vengador	3	José Echegaray	»
La mayor venganza	3	F. Sanchez de Castro.	»
La Vírgen de la Lorena	3	Juan José Herranz	»
La hiedra de la masía	4	Federico Soler	»
Quimeras de un sueño. (Mágia.)	4	Enrique Zumel	L. y M.
ZARZUELAS.			
Empleo desconocido	1	F. Reparaz	Música
El barberillo de Lavapies	3	L. Mariano de Larra.	Libro.
El velo de encaje	3	P. y Brañas y F. Cab.	L. y M.
El maestro de Ocaña	3	Cárlos Frontaura	Libro.
Los dos sargentos franceses	3	Emilio Alvarez	Libro.
Un paseite á la Habana	3	E. Gaspar	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.